Encuentro en el Espiritu

**UN ENCUENTRO AL AIRE DEL ESPÍRITU**

P. Juan Manuel Lasso de la Vega

De las tres personas de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo se presenta como la persona “obrera”, por medio de la cual el Padre realiza sus obras. El Padre engendra a su Hijo en el seno de María por medio del Espíritu, resucita a su Hijo en el Espíritu, mantiene viva a su Iglesia por medio del Espíritu.

Nuestra pertenencia a las comunidades EAS ha sido fruto de una llamada de Jesús, por medio de su Espíritu. El nos ha llamado personalmente a seguirle como miembros de unas comunidades cristianas comprometidas que tienen su propia identidad y su propia misión. Sin duda que recordamos con alegría los primeros encuentros que tuvimos con Antonio Hortelano y nuestra primera decisión de vivir en sus comunidades. La primera llamada y la primera decisión de responder a ella siempre se quedan grabadas en nuestra vida y se convierten en parte de nuestro ser. No concebimos ya la vida sin ser EAS.

La llamada del Señor, la misma, se repite muchas veces en nuestra historia personal o familiar. Yo he sentido nuevas llamadas a ser redentorista cuando he conocido mejor mi congregación, cuando he visitado nuestras comunidades insertas entre los pobres, por ejemplo, cuando he encontrado comunidades gozosas y comprometidas en la misión. La llamada inicial del Señor se va repitiendo. Dios continúa llamándonos. El es imprevisible; puede hacernos, incluso, llamadas más fuertes que la primera. Nuestro encuentro de coordinadores permanentes debería ser una nueva llamada de Dios, a cada uno de nosotros, a llegar a ser de veras EAS y para siempre, pase lo que pase.

Un encuentro, como éste, es tiempo de discernimiento. Discernir consiste en separar lo verdadero de lo falso. El discernimiento es necesario para tomar decisiones sabias. Es e-sencial para el crecimiento de nuestras comunidades.

El verdadero discernimiento es también obra del Espíritu para la edificación del cuerpo de Cristo, de la comunidad, que es la Iglesia y de nuestras comunidades, que forman la Iglesia. El discernimiento es, además, un arte, que nos va abriendo siempre a panoramas, a situaciones y a encrucijadas nuevas. Como todo arte, requiere una sensibilidad especial, que consiste en dejarnos afectar por  los sentimientos que se van provocando en nosotros y en nuestras comunidades y que se han ido manifestando durante toda la preparación de este encuentro.

El discernimiento se hace posible cuando somos capaces de reconocer nuestra historia vivida durante 50 años y nuestras mejores experiencias de comunidad; recordar los mejores tiempos, que hemos vivido juntos, es el mejor trampolín para hacer discernimientos sabios. Los momentos difíciles o malos ya han pasado y no interesan. El reconocer lo vivido y el reconocernos en lo vivido nos va abriendo cada vez más a la verdad sobre nuestras comunidades y a la verdad de Dios sobre cada uno de nosotros. Hacer un discernimiento es hacer una nueva experiencia de acercamiento a la verdad, de intentar vivir en la verdad, en nuestra propia verdad como comunidades EAS.

Para hacer un buen discernimiento necesitamos criterios sanos. Criterios sanos son para nosotros los modelos de valores de nuestro Ideario, nuestra mística, las tradiciones culturales, sociales y cristianas, que nuestras comunidades han vivido en el pasado.  El buen discernir nos llevará continuamente a esferas más elevadas y a experiencias más saludables.

El discernimiento nunca nos lleva al intimismo, sino a la apertura al mundo de hoy, como aconteció a los apóstoles en Pentecostés. Todo discernimiento debe ser hecho “a la luz del Espíritu”, al aire del Espíritu, dejándonos fecundar por su inspiración y respondiéndole con coraje y con entusiasmo. Solamente la escucha orante del Espíritu nos da la certeza de que vivimos a su aire. A El debemos confiarle nuestro estilo de vida EAS y a Él debemos preguntarle cómo lo debemos vivir hoy y qué propuestas pastorales debemos presentar a nuestras comunidades para su crecimiento y maduración permanente. No existe una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No será una fórmula lo que nos salve, será una Persona, que se llama Jesús, y la certeza que esta persona nos infunde: “Yo estoy con vosotros”.

Los signos de los tiempos son siempre un indicativo del aire del Espíritu que está soplando actualmente. La grandeza de nuestra vocación EAS nos exige tener valor para ver al mundo tal como es, sin taparnos los ojos y sin añoranzas por el pasado, vigilar y hacer lo que pide la hora y el momento presente, luchar en la vanguardia de nuestro tiempo y en la vanguardia de la Iglesia, no desaprovechar las nuevas oportunidades que nos ofrece el mundo. Nuestro mundo no es una amenaza para nuestras comunidades, sino un nuevo desafío y una nueva oportunidad.

No podemos ahorrar fuerzas o compromisos. Cristo cuenta con nosotros para construir un mundo mejor y una Iglesia más profética en sus opciones. Profeta es aquel, que se compromete fuertemente con el presente, anunciando la presencia redentora de Cristo y de su Espíritu que hace nuevas todas las cosas

. No debemos contentarnos con narrar la historia de nuestras comunidades durante los 50 años pasados; debemos seguir construyéndola.

Dos temas para lograr una  mayor claridad en estas reflexiones:

1. **Discernir a la luz del Espíritu**
2. **Discernir en el Espíritu de amor**

**Discernir a la luz del Espíritu**

En todas las épocas de la historia el discernimiento en el Espíritu ha sido un proceso necesario. Siempre existe el peligro de que el espíritu del mundo se mezcle con la acción del Espíritu Santo. Pero en nuestro tiempo este peligro es todavía mayor. En tiempos nuevos irrumpen en la historia espíritus muy diversos y competitivos. Este discernimiento es todavía más importante para las personas, como nosotros, que tenemos como signo y misión hacer presente a Dios en la historia de la humanidad.

El Espíritu es fuente de ilusión, de esperanza y de riesgo; es incompatible con  los miedos. Un refrán español dice: “el miedo guarda la viña”. Pero una viña no es sólo algo para guardar, sino para cultivar y cosechar uvas. El miedo guarda la viña; la esperanza la cultiva.

Otro refrán dice: “más vale pájaro en mano que ciento volando”. Pero el pájaro en la mano es sólo un prisionero, una víctima y un esclavo. La verdad es que vale más un pájaro volando que mil en la mano. Todos esos refranes, y muchos más, han nacido del miedo y sólo sirven para disimular el miedo y la inseguridad. Por eso no valen para la vida, que es libertad y riesgo.

Es verdad que no se puede vivir de ilusiones. ¿Pero, es posible la vida sin ilusión? Sólo vivimos de verdad y con gozo, cuando lo hacemos creando en el tiempo lo que hemos ido creando en la ilusión. Primero se inventa la vida, como lo hizo Antonio;  luego la vivimos, pero no como una vida prestada o arrendada, sino como nuestra vida. Toda la vida es proyección hacia adelante. Vivir es siempre derribar fronteras, inventar horizontes y arriesgar.

La ilusión, cuando nace gozosamente de la esperanza, se diferencia de las ilusiones. Las ilusiones se confían al azar; la ilusión se confía al esfuerzo. Las ilusiones nos hacen permanecer cruzados de brazos y perder la mirada en el vacío; la ilusión fija la vista en la lejanía y pone las manos en la masa.

A la luz del Espíritu discernimos el modo adecuado de mantener y actualizar nuestro patrimonio espiritual. Este es nuestro desafío mayor y nuestra primera responsabilidad como consejeros permanentes: Hacer que las raíces, plantadas en la Iglesia por un buen Hortelano, sigan creciendo y dando fruto hoy. Es una condición para poder sobrevivir. Las obras de arte se deterioran con el tiempo; necesitan un proceso de restauración. En este proceso todos estamos implicados y todos somos protagonistas. Hay que decir a todos los EAS que la obra de arte de Antonio Hortelano está ahora en nuestras manos, que sigue siendo una obra artística, que queremos tratar con cariño y con respeto, pero que ninguno debe dispensarse de restaurarla para que conserve su atracción.

Las primeras comunidades cristianas no se desarrollaron principalmente por medio del proselitismo, sino por medio de la atracción que los seguidores de Jesús tenían. Eran atractivas, a pesar de la persecución a que se exponían. Eran “significativas” por su coherencia de vida con el evangelio. Tuvieron obstáculos e incomprensiones. La presencia de la comunidad no dejaba indiferentes a los demás. Aún antes de ser acción, aquellas comunidades eran atracción e irradiación.

Nuestro testimonio de vida tiene que ser comprensible y provocativo para el mundo actual. Esto lo queremos todos, pero a veces no sabemos qué hacer. El único camino es “discernir al aire del Espíritu”, superando la tentación de estabilidad y de conformismo, saber arriesgar a pesar de nuestras pasividades. Aceptar un riesgo significa siempre aceptar algo nuevo que sea más difícil que lo que hacemos ahora. El riesgo y lo nuevo nos exigen audacia y creatividad.

No basta atraer e irradiar; hay que proponer e invitar. Los apóstoles no se contentaron con vivir, ellos mismos, la alegría del Espíritu. La contagiaron y la predicaron con pasión, a tiempo y a destiempo; llegaron hasta el areópago de Atenas, donde no había lugar para el Dios de Jesucristo. Es más fácil la estabilidad que la itinerancia; la itinerancia es un trabajo duro y expuesto a muchas incomprensiones, aunque tenga también sus satisfacciones. Sin itinerancia encerramos al Espíritu en nuestra propia casa, disfrutando nosotros solos de su alegría y de su paz. El Espíritu de Jesús es una fuerza que se propaga, como se propagó el mismo Jesús, recorriendo pueblos y aldeas y anunciando incansablemente la llegada de su Reino. No tuvo un éxito espectacular, dejó solamente unas pequeñas semillas. Tanto trabajo para tan poco. Pero de ese “poco” nació la salvación de la humanidad. Sus apóstoles fueron itinerantes incansables; tuvieron grandes éxitos y grandes fracasos, por lo menos aparentes.  Sin  duda que la itinerancia en los EAS será uno de los temas que trataremos estos días.

Un encuentro del consejo permanente no tiene la misión de responsabilizarse de los otros, sino de responsabilizarse con los otros. Según se vayan extendiendo los EAS en el mundo, irán surgiendo matices diferentes, que corresponden a los contextos sociales y religiosos nuevos, donde nos vayamos implantando. Es cierto que todos tenemos nuestro Ideario, un texto muy rico y que ha sido fruto de mucha reflexión y trabajo. Pero los textos hay que animarlos e interpretarlos desde los contextos. La fidelidad creativa nos exigirá siempre mantener la uniformidad de ideales, pero exigirá también siempre un mayor pluralismo de formas. Nuestro encuentro de consejeros permanentes tiene una misión pedagógica y pastoral, que consiste en generar ilusión, esperanzas nuevas y compromisos nuevos de manera que en todas las comunidades, a pesar de la diversidad de sus formas, se promueva un mayor nivel de satisfacción y de eficacia personal y comunitaria. No debemos perder tiempo en estos días en discusiones infecundas y estériles sobre cuestiones de poca monda, que no cambiarían nada nuestra fidelidad  a la mística EAS. Estas discusiones, además de ser estériles, crean insatisfacciones y cansancio. Hay que llegar a algunos acuerdos sobre cuestiones vitales, pero mirando la realidad no solamente con mis propios ojos, que a veces pueden tener cataratas, sino con el ojo de una comunidad, como ésta, que quiere el desarrollo en nuestro tiempo de las comunidades fundadas por Antonio hace 50 años.

Acoger la internacionalidad de nuestras comunidades EAS nos resultará siempre más fácil que acoger la interculturalidad. Pero las dos caminan juntas. No siempre los valores de mi cultura son valores para otras culturas. No se trata solamente de ser flexibles en la acogida, sino de ser realmente acogedores.

1. **Discernir en el Espíritu de amor**

El Espíritu que anima el discernimiento está vinculado al amor porque el Espíritu es amor y tiene como meta edificar la comunidad en el amor y garantizar su unidad. El Espíritu es quien vitaliza y estructura nuestras comunidades, como  vitalizó y estructuró la primera comunidad de los apóstoles. El Espíritu crea comunión y nos ayuda a vivir una comunión más plena entre nosotros. El nos ayuda a buscar la coherencia entre la cabeza y el corazón, entre la racionalidad y la afectividad. La racionalidad nunca debe enfriar nuestro amor, que es un amor hasta la muerte. Si necesariamente hubiera que optar por una sola de estas dos realidades, yo optaría por el amor. Siempre será mejor equivocarnos en una propuesta que romper lazos de amor.

El Espíritu que poseía y dominaba a Jesús hizo de él la persona más consciente, más cercana, más sensible y más abierta que jamás haya existido; el mejor testigo y el mejor profeta que ha existido. A partir de Pentecostés la comunidad de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma; todo se ponía en común. El testimonio y la profecía más necesaria para el mundo actual es nuestra comunión; en una sociedad inestable y dividida todos los caminos de comunión son fecundos. Nuestra comunión nace de la fuerza del Espíritu que nos ayuda a superar nuestros aislamientos y  debilidades. Llegar a una plena comunión es un proceso fatigoso; tenemos que ser conscientes de ello. Cuando nuestra “comunión” es frágil corre el riesgo de romperse o de debilitarse por cualquier contradicción, aunque sea veleidosa. El Espíritu es para nosotros fuerza que aglutina y luz que abre nuevos caminos de comunión.

El amor, que nos transforma en comunidad y constituye nuestra “nueva vida de comunidades EAS” no es un mero sentimiento natural; es una presencia del Espíritu en nosotros. El amor es mucho más que una atracción; es la misma fuerza de Dios. Nuestra vida consiste en vivir del corazón de Dios, en hacer nuestro el mismo corazón de Dios. Una empresa, sin duda, muy ardua, sobre todo en tiempos dominados por el egoísmo y el individualismo exacerbados.  Quien realiza esta obra es el Espíritu Santo, como en la encarnación del Verbo en María.

El verdadero amor exige mucho, significa entrega de si mismo, efusión generosa del propio bien, oferta desinteresada. La persona, que ama así, se convierte en un regalo para el otro. Este es el amor, que define a Dios en si mismo y en su entrega a nosotros. En Dios sólo se da este amor. Dios nos ama gratis. Amar gratis es, también para los EAS, un signo de madurez y una buena meta para nuestras relaciones interpersonales. Antonio la ha repetido muchas veces.

El amor para siempre y para todo es fundamental en los EAS, dice nuestro Ideario. Desde el principio estamos dispuestos a querernos siempre. Sobre todo el “para siempre” es importantísimo, porque el amor, que es la base de la comunidad o es para siempre intencionalmente, o no es amor. O nos comprometemos para siempre, o renunciamos al amor y a la comunidad

.

El amor es para todo. Quienes aman de verdad estarán dispuestos a compartir lo que sienten, lo que piensan, lo que deciden, lo que hacen y lo que son, hasta el punto de luchar para llegar a formar un solo ser, como los cristianos de las primeras comunidades

. Esta fue nuestra primera llamada para ser EAS y el contenido más genuino de nuestra primera respuesta.  Necesitamos que el Espíritu nos repita su primera llamada y nos dé coraje para repetir, también nosotros, nuestra primera respuesta.

Los seguidores de Jesús se aman hasta el punto de no tener secretos entre ellos, de perdonarse una y otra vez, de ayudarse en cualquier circunstancia e, incluso, de dar la vida unos por otros: Mirad cómo se aman. Los EAS quieren quererse como Jesús nos ama y como se aman el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo

La comunión se manifiesta en la confianza recíproca, que es el contenido específico de la verdadera amistad. La confianza es sinceridad total, transparencia mutua, fidelidad incondicional, ausencia de doblez y hasta reverencia por los otros.

El verdadero amor se muestra cuando entramos o cuando nos situamos en  situaciones de conflicto. El conflicto nace en la interrelación humana, cuando se producen desacuerdos y ninguna de las partes ni quiere ceder ni quiere buscar nuevas soluciones o propuestas. El conflicto se muestra en situaciones y cuestiones aparentemente simples y sin consecuencias dolorosas  y en situaciones más complejas y peligrosas. La convivencia social está siempre expuesta al riesgo del conflicto. Muchas veces el conflicto surge a causa de una emoción desbordada, que no sabemos controlar. Ante situaciones conflictivas se reacciona o bien animados por llegar juntos al consenso, único camino posible para nosotros, o bien a través de la coacción, que causa mayores males. Si aparecen conflictos debemos considerarlos como una dinámica hacia el consenso.

Nuestro encuentro tiene que ser una celebración con el amor del Espíritu. El Espíritu se cierne sobre nosotros, colmándonos de su presencia y de su fuerza, como en Pentecostés, y haciéndonos fecundos y sensibles.

“Discernir en el Espíritu de amor”. El sentido del humor, un humor sabio e inteligente, ayuda a discernir en el auténtico amor. Al sentido del humor se une siempre el respeto sagrado por los otros; no queremos asumir posiciones de superioridad; todos somos iguales y tenemos una misma meta y unos mismos ideales, aunque sicológica y culturalmente seamos diferentes.

La experiencia enseña que existen algunas normas de procedimiento para conseguir que una reunión progrese eficazmente siguiendo el camino del amor acogedor y respetuoso. En las reuniones entre redentoristas estamos muy atentos a ellas porque ayudan a evitar o a solucionar conflictos. Son normas muy concretas, que poco a poco se van convirtiendo en un estilo de relacionamiento recíproco. Algunas de estas normas son por ejemplo:

● Relacionarnos entre nosotros con confianza y a partir de la confianza, no a partir de prejuicios, que hayan podido nace r en el pasado. La confianza que se da al otro es amor, porque es un verdadero bien. La confianza es forma y contenido del amor. Y lo mismo hay que decir sobre la esperanza. Pablo VI decía: “El amor debe ser como una activa esperanza de lo que los demás pueden llegar a ser gracias a nuestra ayuda fraterna”

. Amar a una persona es esperar de él algo imprevisible y proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta esperanza. Esperar es, en algún modo, dar. No esperar ya nada de alguien es condenarle a la esterilidad. Sólo se puede hablar de esperanza donde existe una interacción entre el que da y el que recibe.

● Permitir a los moderadores que sean realmente moderadores y animadores del encuentro; ellos deciden el tiempo, que se concede a la discusión de cada tema, el tiempo que puede hablar cada uno, cuándo se da por cerrada la discusión y comienza la decisión. Los moderadores no controlan las decisiones, pero sí deben frenar o interrumpir los discursos largos, que por el mero hecho de ser largos, resultan sosos y aburridos. Los moderadores deben evitar que existan repeticiones, porque el hecho de repetir no da más valor a una propuesta.

● Durante la discusión de una propuesta, de cualquier propuesta, todos nos sentimos verdaderamente libres porque lo somos. El Espíritu Santo no es un espíritu de esclavitud sino de libertad. La libertad no es una característica de la persona humana, sino que es su mismo ser; Cristo redimiéndonos nos ha sacado del dominio de la esclavitud al terreno de la libertad. Pero una vez tomada una decisión, la decisión es de todos y para todos. Todos la asumimos y la defendemos en el futuro, aunque no coincida con mi propia propuesta. El discernimiento en el Espíritu no coincide con  los discernimientos en los parlamentos políticos. Entre nosotros no existen ni partidos de oposición ni grupos de presión.

● Estoy profundamente convencido, después de haber participado en cientos de reuniones como ésta, que nuestra misión más importante no consiste en cambiar algunas normas o leyes (además los EAS deben tener muy pocas) ni consiste en querer buscar soluciones a problemas que existen y existirán siempre, por medio de nuevas leyes. Nuestra misión consiste en sembrar nuevos gérmenes de vida y de esperanza en nuestras comunidades. Restituir a nuestras comunidades la belleza y el frescor de los comienzos. Esto es obra del Espíritu en nuestro encuentro de animadores. Tiene que ser así desde el momento en que el Espíritu nos asocia, como animadores, al misterio de Cristo, que es siempre misterio de redención y de resurrección.

El Espíritu nos da la fuerza y la vida de Cristo, que es infinita. Nuestra reunión es una celebración con la fuerza y la vida de Cristo, fruto de la presencia del Espíritu en nosotros. Nuestras propuestas, orientaciones o decisiones tendrán fuerza de arrastre si están avaladas por la presencia del Espíritu.

**Conclusión**

He conocido por experiencia lo difícil que es, coordinar una congregación internacionalidad como la congregación redentorista,  presente en 80 países del mundo. La internacionalidad trae consigo una inmensidad de valores y de sensibilidades nuevas. Pero trae también nuevos desafíos. Me parece que he aprendido a relativizar los problemas; me esfuerzo por no hablar de problemas sino de desafíos. Simplemente porque pienso que la palabra “problema” paraliza y la palabra “desafío” dinamiza. Me gusta que haya criterios diferentes a los míos, que otros vivan valores distintos a mis propios valores, con tal de que sean auténticos valores para ellos. He tratado de no imponer mi escala personal de valores, pero he querido siempre proponer la escala de valores de mi familia redentorista. Después de más de 200 años desde la fundación de la congregación, nunca me ha parecido bueno que los redentoristas de hoy repitan lo que hizo San Alfonso en su tiempo, que era tan distinto; pero sí he luchado para que nunca perdamos la inspiración y las intuiciones geniales de nuestro Fundador. En ocasiones cuesta mucho llegar a formular acuerdos que nos lancen hacia un futuro de fidelidad a nuestras raíces y que estén inculturados en el tiempo en que vivimos.

Adoro las intuiciones geniales de Antonio Hortelano sobre nuestras comunidades cristianas comprometidas EAS. Hacer presente el primer tiempo de la fundación y recordar los buenos momentos que hemos vivido con él es el mejor homenaje a este hombre, que ha dado a nuestras comunidades lo mejor de su vida y que se encuentra al final de ella.

Pienso también que en este encuentro hay que tratar de quitar el polvo que hayan podido almacenar los EAS al correr de los años. Quitar el polvo significa limpiar y dar brillo para que reluzcan mejor, restaurar sin poner parches que sean soluciones meramente temporales y caducas.  Nuestras comunidades necesitan más vida y mayores compromisos; debemos colocarlas en un nivel alto y prioritario en nuestros afanes y ocupaciones habituales. Ninguna reunión de comunidad es algo accesorio, de lo cual me puedo dispensar; en cada reunión debo colaborar para llegar juntos a la “comunión en el amor”, a compartir vida.  Hay que saber perder el tiempo juntos para llegar a ser amigos de verdad. Necesitamos valentía para denunciar respetuosamente las injusticias actuales y para anunciar con entusiasmo que es posible un mundo mejor, más solidario y más justo. Abrirnos cada vez más a la internacionalidad y a la interculturalidad.

En estos últimos 10 años he conocido y compartido con María Helena y Hernando sus preocupaciones y sus proyectos. Les admiro inmensa y sinceramente por su capacidad de entrega a nuestros mejores ideales sin escatimar ni tiempo ni dedicación a pesar de sus ocupaciones laborales y de las contrariedades que cualquier equipo coordinador encuentra. Ellos y el comité internacional han realizado su servicio con ilusión y con mucho amor, que es la única manera de crear vida. La vida nace del amor; el amor engendra vida.

Entre ellos he comprobado que existía siempre una verdadera amistad y que disfrutaban juntos al realizar su servicio. La amistad es fuente de verdadero gozo, incluso en medio de las tribulaciones y sufrimientos. La amistad no es mera tranquilidad o ausencia de turbación, sino armonía interior; en el comité internacional se palpaba una armonía, perfectamente compatible con la total libertad para expresar las propias ideas y sentimientos. Esta armonía ha sido también fruto del Espíritu Santo;  Dios nunca turba, ni perturba, ni desasosiega. Siempre sólo tiene designios de paz.

Admiro la disponibilidad y el sacrificio de los itinerantes, verdaderos discípulos y misioneros de Cristo. Mi vida redentorista también ha sido una itinerancia permanente durante muchos años. La obsesión de los itinerantes, una obsesión muy sana, es sembrar los ideales de nuestras comunidades. Lo hacen porque creen en estos ideales.

Termino con una palabra que define nuestra cultura actual, la palabra “solidaridad”. Nunca se ha hablado tanto de ella como en nuestro tiempo. Lo que somos y lo que tenemos lo compartimos. Ojala siga creciendo la solidaridad entre los EAS y los redentoristas; ojala siga creciendo la solidaridad entre los comités nacionales y el comité internacional; ojala siga creciendo la solidaridad entre el comité nacional y los comités de ciudad. Compartir inquietudes, dudas, anhelos, esperanza y los bienes materiales es imprescindible para nuestro futuro. Que nuestro discernimiento a la luz y al aire del Espíritu nos ayude a crecer en el amor solidario durante este encuentro.